

EL I POD

Recordó como sus mayores, como él llama a sus antecesores, se preocupaban por tener todo grande. La casa tenía que ser al menos de dos pisos, con dos salas, comedor y antecomedor, tres recámaras, un gran patio y garaje para dos automóviles. El auto entre más largo, más ancho y más alto mejor. Su guardarropa tenía que parecer una sección de una boutique. Grandes los perros de la casa, grande la cava de los vinos, grande la biblioteca y ni que decir de la cocina. Sólo teniendo todo grande se tenía la seguridad de ser alguien en la vida. ¿ Qué si era difícil mantener todo eso? No, para nada. Servidumbre a la que se le pagaba poco sueldo sobraba, los terrenos y todo lo demás era barato, y sobre todo era el premio: para algo se mete uno en política, si no se va a tener lo que se necesita, entonces para qué chingados me meto en eso, decían. Y falta, claro, la familia. Esta también tenía que ser grande. Cinco o seis hijos al menos. En cuanto a amores pues estaba la señora y las otras a las que se les ponía casa chica que era una forma de decirle a las mansiones que se les compraba. Repito que lo chico no estaba en el diccionario de esos prominentes hombres de la República. Aunque sí tenían cosas chicas, algo que ninguno de ellos reconocía. Era pequeña su cultura , eran pequeños su estatura y sus atributos sexuales, era pequeño su criterio. Pero de esto jamás hablaban.

Empezó el cambio. Los que vivían en las Lomas tuvieron que cambiarse a colonias con casas ya no tan grandes, los autos se fueron haciendo pequeños, compactos; el tener muchos hijos ya era mal visto por la sociedad. Fuera las grandes bibliotecas que al fin para nada servían y las grandes bodegas de las casas.

Vino el Wolkswagen que revolucionó todo. Había que hacerse más chicos todavía. Aparecieron los condominios y se derrumbaron las casonas. La ciudad se llenó de autitos. La servidumbre escaseó y subió enormemente su precio.

Él nació en esta etapa de la historia de su ciudad. No vivía en un condominio pero sí en una casa modesta en tamaño pero con todo lo necesario. Lo más importante para él era la sala de música, que no era propiamente eso, pero que él así nombraba. Era la sala normal que tenía un gran tocadiscos Telefunken y tablonas llenas de discos de 78 revoluciones. Había de todo: Opera, zarzuelas, música mexicana y española, música popular. Ray Connif no podía faltar y menos Pérez Prado. De las cantantes la preferida era Avelina Landín y de los hombres Pedro Vargas y Jorge Negrete. Sí, por supuesto ya la influencia norteamericana se hacía sentir. Había discos de Fran Sinatra, de Peery

como, de tantos otros. Su europeísmo se veía en los discos de la Piaff , de los Churumbeles, los del Ultimo Cuplé.

Siguió todo haciéndose chico. Él tuvo que dejar la casa y ahora sí irse a vivir a un condominio. Sus discos ya no servían para nada, los tuvo que vender a un ropavejero. En la pequeña sala colocó sus discos de 33 y 45 revoluciones y un aparato reproductor no muy grande. Por supuesto su auto era un Renault, de los chiquitos.

Vino el CD y desaparecieron los discos de 45 y 33 revoluciones. El espacio que ocupaban los nuevos discos era minúsculo comparándolo con los anteriores, igualmente minúsculo era el aparato para tocarlos. Dejó de comprar libros y mil cosas más pues no tenía espacio donde ponerlos y eso le dio libertad y le hizo ahorra mucho dinero.

No he dicho que si tenía el vicio de la música mucha mayor era el vicio de tener todo escrito en documentos. Cientos de ellos llenaban sus muebles. Desde el acta de nacimiento, sus certificados de primaria, secundaria, preparatoria. Su acta matrimonial. Sus facturas, sus acuerdos en su fábrica, sus...Guardaba el diario que empezó desde niño, las fotos de sus abuelos, padres, hermanos, de la familia, del trabajo, los amigos y algunas fotos de mujeres que escondía. Con el advenimiento de la computadora los fue trasladado y posteriormente los pasó a CDs. Con esto pudo deshacerse de tanto papel.

Apareció el I pod, le dijeron que ahí podía estar todo lo que quisiera, su música, sus informes, sus documentos, sus fotos, todo. Y por supuesto lo hizo. Pasó todo al pequeño aparato. Le llevó tiempo pues tuvo que aprender a usarlo.

Y todo terminado se rió observando el pequeñísimo espacio en que cupo todo lo que había hecho en la vida. En unos cuantos centímetros se condensaba sus trabajos, sus lecturas, sus placeres musicales, sus recuerdos fotográficos, sus documentos.

¡Cómo cambia todo! Antes todo grande, ahora todo chico, pensó y volvió a reír. Lo que no supo es que desde el día siguiente el mismos empezó a disminuir. Ahora está dentro del I Pod esperando que alguien lo ponga a funcionar.

Agosto 2008